

Cacería

Ileana Pino Pinzón



Capítulo 1

Cacería.

La noche estaba fría, tal vez demasiado. El eco de las risas torpes y ebrias de los hombres y mujeres amontonados en los bares llenaba el ambiente. Vagabundee sin prisa las sucias calles adoquinadas, las pocas personas que había por ese lugar -prostitutas, clientes y sin hogar-, no se fijaron en mi para nada. El estómago se me retorció preso del hambre, no pude evitar un leve jadeo, el viento levantó mi larga gabardina negra y alborotó mis cabellos sueltos, un leve rastro de olor a sangre me llamó la atención; expandí mis sentidos a mi alrededor buscando, de inmediato oí un gimoteo ahogado, no se parecía en nada a los sonidos de placer ahogados que salían de los callejones, el sonido era de miedo, de frustración, me dejé guiar por el.

A los pocos segundos me encontré con la deplorable escena: una mujer joven con la nariz rota llorando, y un hombre -si es que mereciera la palabra-, forzando su camino bajo las capas de tela de la falda de la chica, sin pensarlo le dí un puño al cerdo directo a la nariz, se desplomó al suelo semiinconsciente; ella lloriqueaba sin apenas ruido paralizada por el miedo, era una cantinera, un trabajo muy inadecuado para alguien tan joven, debía de tener solo 15 años, su cabello marrón estaba alborotado.

—Oye, mírame —demandé, sus ojos marrones llenos de lagrimas me enfocaron, llenos de súplica. Era tan pequeña.

—Vete a casa, olvida esta noche —la hipnosis funcionó sin problemas, dejó de llorar, se alejó con pasos torpes y la mirada perdida.

—Argh —gruñó el cerdo poniéndose de pie, me quedé quieta esperando que se recobrará. Le daría la oportunidad de pelear, solo para que viera lo inútil de sus esfuerzos, quería su miedo.

—Tu, maldita —me lanzó un puño a la cara, agarré su mano y la retorcí en un movimiento rápido, sus huesos crujieron, aulló de dolor, su piel blanca se tornó cetrina cubriéndose de sudor, el pelo se pegó de su frente.

Me lanzó otro golpe con la mano buena, lo esquivé limpiamente y le dí una patada que lo mandó a volar a través del callejón. Su olor mezclaba el licor caro con la lavanda, un hombre adinerado que disfrutaba de lastimar mujeres indefensas, una de mis presas favoritas. Mis colmillos se hicieron paso a través de las encías con fuerza, el dolor que esto me producía se vió amortiguado por la ira y el ansia de sangre, una semana era mucho tiempo de espera.

—Levántate —murmuré acercándome a él, mi voz sonó extraña casi como un gruñido—. ¿Qué no te gustan las peleas justas?

En realidad no era muy justa, yo debía de tener unas 12 veces su fuerza. Se puso de pie con dificultad, jadeó al verme, estábamos cerca de una de las farolas por lo que ahora podía ver mis ojos rojos y enormes colmillos, le sonreí acentuando la amenaza, el olor de su miedo llegó rápido.

—Eres un monstruo —murmuró en voz baja.

—Que curioso —repliqué—, yo estaba a punto de decir lo mismo.

Intentó correr, en un parpadeo me hice enfrente de él, lo empujé a la pared con una sola mano, su corazón martilleó con fuerza bajo mi tacto frío.

—Por favor —rogó—. Dios!

Me reí acercándome a su cuello, la boca se me hizo agua con el olor de su sangre.

—Creo que él escucho las súplicas de la chica esta noche —murmuré junto a su oído, clave mis colmillos en su cuello, la sangre caliente inundó mi boca, podía sentir el sabor del alcohol en ella, él se retorció de forma inútil bajo mi férreo apretón, una de mis manos sostenía su cabello negro y la otra le tapaba la boca para que no atrajera a nadie, con un perverso tendría suficiente para unos cuantos días.

Su corazón fue perdiendo fuerza al compás de mi hambre, que apenas si tenía límites esta noche, la muerte llegó a él más rápido de lo que pretendía, solté su cuerpo casi seco al suelo. Me limpié los restos de sangre con fastidio, saqué la botella de bourbon de mi abrigo, le dí un trago para limpiar el sabor corrupto de su sangre antes de cubrirlo con el licor, me alejé unos pasos y encendí un par de cerillos. Las llamas no tardaron en consumir poco a poco lo que quedaba del degenerado, cubrir los rastros de lo que había hecho era un hábito que jamás cambiaría.

Me alejé despacio de la escena de muerte y fuego que había creado, un perverso menos y una eternidad para deshacerme de cuantos pudiera.

Registrado, todos los derechos reservados.